

René Descartes, *Meditaciones acerca de la filosofía primera seguidas de objeciones y respuestas*, traducción de Jorge Aurelio Díaz, Facultad de Ciencias Humanas/Departamento de Filosofía-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2009, 630 pp.

Ningún estudioso de la filosofía cartesiana es indiferente ante los serios intentos por poner en las manos de los hispanohablantes las obras del filósofo de la Turena.

En el caso que nos ocupa, la versión al español es doblemente encomiable, ya que se trata no únicamente de la traducción de la edición latina o de la edición francesa, sino de la traducción de ambas ediciones, presentadas de manera bilingüe. Así pues, esta edición se constituye en una muy importante herramienta de análisis y referencia obligada para el estudio de las ideas cartesianas.

Como el propio Díaz destaca en su nota: “Tenemos un caso peculiar en la historia de la filosofía: un texto fundamental para la exposición del pensamiento de un autor como son las *Meditaciones*, presenta dos versiones un tanto diferentes, y que sin embargo fueron consideradas por el autor como expresando lo mismo” (p. 11).

Este asunto no es una cuestión menor; en efecto, mucha tinta ha corrido y muchas discusiones han surgido que favorecen a una u otra de las versiones que buscan mostrar que no hay la adecuación que el autor suponía. Por esta razón, el traductor comenta: “De ahí la conveniencia de contar con ambos textos, el original en latín y la traducción al francés del Duque de Luynes, tal como hemos querido presentarlos en esta edición” (p. 11).

Así pues, el tener ambas versiones en un mismo texto nos permite acceder a los más importantes problemas de la metafísica cartesiana de una manera directa para el cotejo de las cuestiones allí expuestas.

Por otra parte, más allá del monumental reto que representa trasladar los textos cartesianos a nuestra lengua, no sólo en función de la problemática filosófica, sino por la amplitud de los textos, permítaseme adentrarme en las sutilezas con que el traductor nos obsequia.

Se trata de una versión al español no sólo inteligible sino cuidadosa que, respetando el estilo del autor y acercándonos por ello a la problemática de las *Meditaciones*, no olvida ni la corrección ni el buen estilo en nuestra propia lengua.

Puedo decir que en verdad la lectura se disfruta doblemente, no sólo porque nos presenta de manera ceñida las propuestas cartesianas (que tenemos oportunidad de cotejar con el original), sino porque la corrección del español resulta agradable y atractiva a la vez, ya que en los tiempos que corren se perciben por doquier las inconsistencias e incorrecciones gramaticales que ni siquiera despiertan la crítica, sino que pasan como moneda de uso corriente.

Es, pues, de agradecer a Jorge Aurelio Díaz el obsequiarnos un castellano digno y lúcido.

Algunas consideraciones acerca de los textos traducidos

Una interesante diferencia entre la primera edición en latín y la primera edición en francés que bien señala Díaz es el hecho de que esta segunda no cuenta con la carta prefacio. En esa importante presentación de la versión en latín, Descartes hace explícitos tres propósitos del escrito: a quién destina las *Meditaciones*; con quién desea tener un intercambio fructífero con respecto a sus propuestas; y, finalmente, explica a sus lectores cómo hay que leer las *Meditaciones*.

En la primera edición en francés, en cambio, Descartes está más preocupado por convencer a los decanos y doctores de la Sagrada Facultad de Teología de París sobre los propósitos de las *Meditaciones*. Allí expone Descartes que es mejor, a su juicio, demostrar las verdades acerca de Dios y del alma mediante las razones de la filosofía que mediante las de la teología. Para ello, hace saber a los teólogos de la Sorbona que cuenta con un importante método, el de las verdades demostradas, que le ha permitido resolver algunas dificultades en las ciencias y espera sea igualmente fructífero en estas materias, puesto que se trata de un método de auténtica busca de la verdad. Además, con tal instrumento metodológico se puede librar a los ateos de su espíritu de contradicción, en vista de que:

tal vez ellos mismos sustenten las razones que ven que han sido recibidas como demostraciones por todas las personas de espíritu, por el temor de aparecer como si no las entendiesen; y, por último, todos los demás se rendirán con facilidad ante tantos testimonios y no habrá nadie que se atreva a dudar de la existencia de Dios y de la distinción real y verdadera del alma humana con respecto al cuerpo (p. 225).

De esta forma, tal parece que Descartes deja el tono del prefacio un tanto más abierto al lector de la versión latina, aunque, naturalmente, sin olvidar que allí se señalan y restringen claramente los destinatarios básicamente como estudiosos entendidos. En contraste, en la primera edición francesa Descartes pone su escrito en manos de los teólogos parisinos. Es posible que el propio Descartes haya reconocido esta limitación, puesto que ya en la segunda edición en francés (como lo consigna Díaz) vuelve a incluir la carta prefacio al lector.

Por otra parte, en cuanto a los resúmenes de las *Meditaciones*, en ambas ediciones (la primera latina y la primera francesa) se perciben realmente muy pocas diferencias. Con todo, es importante señalar que si bien Descartes hace saber que la utilidad de la duda es librarnos de prejuicios y que lo único que de esa duda se salva es la existencia de la *mente* en la edición latina, o del *espíritu* en la edición francesa. Aunque el término sea distinto, lo que intenta es señalar la naturaleza espiritual de esa mente o espíritu, pues de lo que se trata es de formar de esta naturaleza espiritual un concepto claro y distinto, lo mismo que de la naturaleza corporal, para entender que se trata de dos

sustancias distintas. En la edición latina se propone el criterio de divisibilidad. La naturaleza corporal es divisible y la espiritual indivisible, por lo que “sus naturalezas no sólo se conocen como diversas, sino también en cierto modo como contrarias” (p. 63). Esto mismo se afirma en la primera edición francesa: “sus naturalezas no son reconocidas únicamente como diversas, sino hasta como contrarias de cierta manera” (p. 229).

Descartes finaliza el resumen de la Segunda Meditación en la versión latina explicando que la mente no consta de ningún accidente, sino que es sustancia pura en tanto que el cuerpo humano está conformado por cierta configuración de los miembros y por otros accidentes (*cf.* pp. 63–64). En la versión francesa se subraya que el cuerpo es un *compuesto*, por lo tanto, perecible (descomponible), no así el alma, que se dice es “siempre la misma” (*cf.* p. 231), sin duda haciendo referencia a su simplicidad (“pureza”, como se denomina en la versión latina).

En el resumen de la Tercera Meditación, Descartes se refiere a su versión del argumento ontológico de la existencia de Dios en el sentido de que se trata de su “principal argumento”. Este argumento *a priori* se sustenta, según Descartes, en el hecho de que “la idea de Dios que está en nosotros no puede no tener a Dios mismo como causa” (p. 65), pero reconoce que este argumento puede prestarse a “muchas oscuridades”, por lo que envía al lector a leer las Respuestas a las Objeciones. Este mismo señalamiento se reproduce casi palabra por palabra en la versión francesa. Lo notorio es la parquedad del comentario, tal vez urgido por la conciencia clara de las dificultades que implicaba el tema.

En relación con el resumen de la Cuarta Meditación, Descartes dice en la versión latina que la destina a probar que: “todas aquellas cosas que percibimos clara y distintamente son verdaderas, y se explica a la vez en qué consiste la razón de la falsedad” (*ibid.*), reduciéndose claramente al ámbito epistemológico y deslindándose del campo moral, ya que de lo que se trata, de acuerdo con la versión francesa, es de alcanzar “juicio y discernimiento de lo verdadero y de lo falso; y que allí no me propongo hablar de cosas que pertenecen a la fe o a la conducción de la vida, sino únicamente de las que se refieren a las verdades especulativas y conocidas con la ayuda de la sola luz natural” (p. 233).

En el resumen de la Quinta Meditación dice que hablará de la naturaleza corporal en general y advierte sobre las nuevas razones en el tema de la demostración de la existencia de Dios, y remite nuevamente a las Respuestas a las Objeciones, todo del mismo modo parco, tanto en la versión francesa como en la latina.

Con respecto al resumen de la Sexta Meditación, en la versión latina considera que en ella prueba “que la mente se distingue realmente del cuerpo; sin embargo se demuestra que la misma está tan estrechamente unida a él, que compone con el mismo algo uno” (p. 67). A este respecto, en la versión francesa aparece un importante matiz: “Muestro que el alma del hombre es realmente distinta del cuerpo, y que sin embargo le está tan ligada y unida, que no compone con él sino como una misma cosa” (p. 233).

Finalmente, considera que las razones que conducen al conocimiento del mundo externo no son tan firmes ni tan evidentes como las que conducen al conocimiento de Dios y del alma. Ello se expresa de manera muy semejante en las dos versiones, subrayándose naturalmente el error de los sentidos y el conocimiento imperfecto con respecto a las cosas materiales (*cf.* pp. 67 y 233).

Descartes apunta en la versión latina que las razones mediante las cuales conocemos el mundo externo “no son tan firmes ni tan claras como aquellas por las que llegamos al conocimiento de nuestra mente y de Dios; de tal manera que éstas son las más ciertas y evidentes de todas las que pueden ser sabidas por el ingenio humano” (p. 67).

Por ello, para Descartes, ése es realmente el objeto de las *Meditaciones*, algo que se repite en el respectivo resumen de la versión francesa. En efecto, las razones que sustentan el conocimiento de las cosas materiales “no son tan firmes ni tan evidentes como aquellas que nos conducen al conocimiento de Dios y de nuestra alma; de modo que éstas son las más ciertas y las más evidentes que pueden penetrar en el conocimiento del espíritu humano” (p. 233).

Algunos comentarios sobre los textos utilizados en esta traducción

Para llevar a cabo esta cuidadosa labor de traducción, Díaz se ha limitado a los textos canónicos. Así, tanto el texto de las *Meditaciones* en latín como el texto de las *Meditaciones* en francés fueron tomados de la edición de Charles Adam y Paul Tannery; de la edición de 1983 en el primer caso y de la de 1982 en el segundo. En cuanto al texto de las *Objeciones y respuestas*, corresponde al de André Bridoux del año 1953.

Sobre las *Objeciones y respuestas*, el traductor informa que se limita a la edición francesa aprobada por Descartes y también comenta que:

Existe un problema especial en el caso de las *Quintas objeciones* presentadas por Pierre Gassendi, quien se quejó de que hubieran sido publicadas, razón por la cual Descartes pidió retirarlas, “ellas han sido reemplazadas, como lo han hecho las diversas ediciones, por las *Advertencias* de Descartes y de Clerselier así como por las cartas del primero al segundo” (p. 12).

El respeto de nuestro traductor por los incidentes históricos y el devenir de las ediciones de las *Meditaciones* se comprende a la luz de su decisión de proporcionar al lector las primeras ediciones tal y como aparecieron originalmente; no obstante, Díaz ha tomado en cuenta a quienes quieren asomarse al contenido —aun cuando resumido— de estas importantes Quintas Objeciones tomadas de la edición francesa de André Bridoux, así como de la traducción del latín al francés de las respuestas de Descartes a dichas objeciones del propio Bridoux. Finalmente, el traductor decidió no incluir las llamadas Séptimas Objeciones, que se encuentran en el tomo VII de la edición de Adam y

Tannery, explicando que: “Por su longitud y carácter especial hemos considerado conveniente publicarlas por aparte, en un texto que, esperamos, incluirá además, como lo señala Charles Adam en su *Advertencia*, la *Carta a Voet*, la *Carta apologética al Magistrado de Utrecht* y las *Notae in programma quodam*” (p. 13).

Nosotros, por supuesto, esperamos este nuevo volumen con gran interés, y ello sin duda dará cima a la importante labor de las traducciones cartesianas de Jorge Aurelio Díaz.

LAURA BENÍTEZ

Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México
grobet@servidor.unam.mx

Pablo E. Pavesi, *La moral metafísica. Pasión y virtud en Descartes*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2008, 278 pp.

Las pasiones del alma (1649) de René Descartes, a pesar de ser una obra de madurez, ha sido relegada por estudiosos e intérpretes al considerarla carente de valor filosófico. Descartes fue leído como un metafísico durante varios siglos y se ha leído como un filósofo de la naturaleza durante algunas décadas. Hace pocos años que *Las pasiones del alma* ha atraído el interés de algunos especialistas.

En el marco de diferentes interpretaciones que coinciden en la discontinuidad filosófica que representa esta obra, Pablo Pavesi nos presenta una cuidadosa investigación construida para refutar estas visiones dominantes. En principio, Pavesi ahonda en el “problema del dualismo y la unión”, no obstante su acertada consideración sobre la inexistencia de tal problema en Descartes. Efectivamente, como Pavesi señala, “entre Descartes y sus objetores hay un verdadero malentendido” (p. 23). Consciente de que otros intentos por aclarar esta tergiversación no han repercutido suficientemente, Pavesi retoma la cuestión e insiste en acotar el problema como propio de algunos cartesianos, que no de Descartes. Con ello, procura hacer posible una mejor comprensión de la noción de unión, indispensable para la investigación sobre la pasión que emprende.

Una preocupación central del autor es mostrar que la discontinuidad de la “moral metafísica” no es tal. La propuesta se apoya en la consideración de que, en algún momento epistolar, Descartes intenta deducir la moral directamente de la metafísica idea de Dios. Esta interpretación rompe con la metáfora del árbol, y la moral sería como “una planta tuberculosa” que surge de la raíz metafísica (p. 30). Pavesi aprecia el apuntalamiento de la continuidad filosófica que M. Henry y J.-L. Marion han sustentado a partir de algunos pasajes